

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

Tenemos una viva satisfacción en ofrecer á nuestros lectores un lindo juguete cómico, inédito hasta ahora, obra de la distinguida é ingeniosa poetisa la señorita Coronado. Las agudezas y gracias que encierra esta composición y lo fluido de sus versos, la hacen muy digna de los elogios de las personas aficionadas á la amena literatura.

Su estimable autora habia pensado dejar inédita esta preciosa obra; pero accediendo á los ruegos de aquellos que admiran su no vulgar ingenio, no ha dudado en entregarla á la imprenta. Y nosotros, deseando presentar íntegro al público este juguete cómico, lo hemos preferido á otros materiales que estaban destinados para el número de hoy.

UN ALCALDE DE MONTERILLA.

Juguete cómico de la señorita Coronado.

PERSONAS.

Alcalde.—D. Hipólito.—Andrés.—Juanito.—
Un petimetre.—D. Ambrosio.—D. Bruno.
El tío Castaño.—El escribano.—Un mozo
de café.—El hijo del alcalde.—El ama del
café.—Doña Francisca.—La señorita Inés.
Pepita.

ESCENA I.

(Habitación de labrador rico, chimenea y algunos instrumentos de labranza.)

El alcalde (riendo.)

¡Hacer alcalde este año,

á mí, que no sé escribir!

Mejor pudiera servir
para alcalde el tío Castaño.

Ese al fin tiene letura,
¡pero yo que no he leído
mas que el *David perseguido*
que me prestó el señor cura!

¿Y mis yuntas y mi arado?
¡es mucho empeño, señor,
querer que haga el labrador
lo que no puede un letrado!

¿Y yo qué sabré decir
allá en el ayuntamiento?
¡no hay duda que este jumento
podrá muy bien discurrir!

¿Y entre tanto la labor?
Pero, ¿para qué me aflijo?
¿pues no tengo ahí á mi hijo,
que mientras yo sea señor
se encargue de la labranza?

¡Que si quieres! ¡buen provecho
sacaré dél; si se ha hecho
un señorito en la holganza!
Siempre anda por el lugar;
nunca me toma un arado;
parece que le he criado
solamente para holgar.

Todos se vuelven señores
en teniendo que comer,
así pronto no ha de haber
en España labradores. (Riendo.)

¡Yo tambien soy señoría!
¡Qué chasco! ¿Quién lo digera?

¡Al demonio le ocurriera
meterme á mí en la alcaldía!

Pero ya que en ella estoy
salgamos con lucimiento:
puede ser que mi talento
con la vara aguce hoy.

¿Qué es esto? ¿ya vienen gentes,
y gentes con faldas? malo!
No bien he cogido el palo
y ya tengo pretendientes.

ESCENA II.

*El alcalde, doña Francisca, la señorita Inés
y Pepita. Las tres aparecen llorando.*

Alcalde. ¿Qué es esto, doña Francisca?
Señal Inés, y tú muchacha,
¿porqué es ese gemiqueo?
¿Qué ha sucedido?... ¡me pasma
que vengan así llorando
á estas horas por mi casa!

á D.^a Fran.^a ¿Se ha puesto malo el pariente?

á Inés. ¿No le han dado á usted la paga?

á Pepita. ¿Te se ha muerto á tí la yunta?
¡Hablen por Dios qué les pasa!
miren ustedes que en viendo
un lagrimon solo; ¡vaya!...
el corazon se me angustia
y lloro tambien, ¡caramba!
conque, ¿espican lo que hay?

Pepita. Hable usted. *(Unas á otras.)*

Inés. Habla tú.

D.^a Fran.^a Habla.

Alc. O callen ó no me aturdan
con sus sollozos y lágrimas.
¿A qué han venido? ¡prontito!

Pep.^a ¿Es verdad que esta mañana
le han dado á usted la alcaldía?

Alc. Cierito: ¿y por eso me arman
las tres ese duelo?

D.^a Fran.^a No,
al contrario, esperanzadas
venimos á usted....

Alc. Veamos
qué se ofrece.

D.^a Fran.^a Cuya alma
generosa conocemos.

Alc. Adelante, no me agrada
la adulación; conque al grano
que vale poco la paja.

Pep.^a Cuéntelo usted. *(A D.^a Fran.^a)*

D.^a Fran.^a Es el caso;
lo diré en pocas palabras... *(llorando.)*
¡Qué escándalo! ¡qué desdicha
que las mugeres honradas
tengan que dar este paso!

Pep.^a A mí se me cae la cara

de vergüenza, y no viniera
á no ser por doña Paca
que se empeñó.

Inés. Yo lo mismo.

Alc. Pero señoras, ¿acaban
por el Cristo del Consuelo?

D.^a Fran.^a Tengo un nudo en la garganta....

(Pausa.)

Hay un café en esta villa
donde se juega hasta el alma;
y allí....

Alcalde. El señor don Hipólito
habrá perdido á las cartas....

D.^a Fran.^a Su dote y despues el mio: ¿

quiere vender las alhajas

que me quedan, y me opongo:

se irrita, jura, amenaza,

y mi casa es un infierno.

Pero lo que mas me abraza

es ver que tenemos hijos,

y que mañana les falta

hasta el pan.... pues, ¿y el ejemplo

que están recibiendo en casa?

Solo por ellos pudiera

venir así descarada

á acusar á mi marido,

cuando me importa su fama

mas que á él. Todo mi dote

le cedí; pero ya basta

porque tenemos familia

y ella es primero que nada.

A estas sucede lo mismo:

la viuda media paga

que le dan, la cobra el hijo

al punto para jugarla;

la Pepita, hoy ha tenido

que ir á comer á mi casa

porque no tiene un consuelo.

Inés. Mire usted, hay gente mala

que seduce á mi Juanito;

él de por sí es una malva,

¡pero mire usted, si vienen

los otros y me lo engañan!

Alc. Señora Inés, el cariño

la tiene á usted turulata;

de ser un bribon Juanito

tuvo siempre grandes trazas,

y usted con tanto mimarle,

con no querer que haga nada,

lo ha echado mas á perder:

¡café el titeré!... ¡una azada!

Que sirva de algo á su madre.

Inés. Fué escribiento....

Alc. ¡Patarata!

Emeritorio; ¿qué es eso?
si tenemos una plaga
lo mismo que de mosquitos
que zumban y no hacen nada.
Tras de no ganar un cuarto
necesitan la corbata,
la levita, ¡picardiat
¡holgazanes!... pero vaya,
sigamos con nuestro cuento;
ustedes quieren que haga
una alcaldada en la villa,
y la haré, doy mi palabra:
¿cómo había de permitir
que unas familias honradas
se arruinen porque á uno
se le antoje saquearlas?
¡Ni por pienso! ¡no señor!
para eso nos dán la vara;
la justicia es responsable
de cuanto desórden haya
en el pueblo; si hay en él
jugadores que lo estafan,
tiene la culpa el alcalde,
si los vé y no los agarra
y me los meto en el cepo,
tengan fraques ó zamarra....
Eso corre de mi cuenta,
váyanse ustodes á casa
á descansar que ya es tarde.

d Pep.^a Toma para que mañana (*Sacando*
puedas comer. (*dinero.*)

Pep.^a No señor,
eso no; no admito nada.

Alc. Tómalo, chica, ó lo tiro.

d Inés. Tome usted adelantada
su paga, que yo me encargo,
señora Inés, de cobrarla.

d D.^a Fran.^a Animo, doña Francisca,
recobro usted la esperanza
de que el señor don Hipólito
entre en razon.

D.^a Fran.^a Dios lo haga.

Alc. Consolarse.

Todas. Que le pague
á usted el Señor.

Alc. Mil gracias. (*Compunjado.*)

ESCENA III.

EL ALCALDE.

Pues no me han hecho llorar....

¡Pobrecitas! ¡qué tunantes!
El uno recién casado
dejar que á su esposa falte
hasta el preciso sustento.
El otro á la pobre madre
malgastando la pensión:
¡el gandul! en vez de darle
un alivio con sus brazos,
que un buen garrote quebrante:
esotro dar á sus hijos
un escándalo tan grande;
¿son cristianos esos hombres?
¿es posible que tal pase?...
Sudando de rabia estoy
y temblando de corage.

(*Gritando.*) ¡Tío Castaño!—ya veremos
de qué sirve la alcaldía.
¡Tío Castaño!

ESCENA IV.

Dicho, el tío Castaño.

Castaño. ¿Qué tenemos?

Alc. Que me ha llegado la mia;
porque soy este año alcalde.

Cast. ¿Y qué?

Alc. Mucho, tío Castaño;
que no han de vivir de balda
los pícaros este año.
Ya descubri la huronera
de la gonto bebedora,
holgazana, pendenciera,
mala-lengua y jugadora:
y ¡voto á brios! he de hacer
un escarmiento en la villa;
si cumple con su deber
verán lo que vale ser
alcalde de monterilla...
Venga mi vara... el sombrero,
y á casa del escribano.

Cast. Si es tarde....

Alc. Siempre es temprano
haya sol ó haya lucero
para cumplir los deberes
que la justicia me ordena.

Cast. Pero, señor, ¿y la cena?

Alc. Menos comen las mugeres
que están llorando á estas horas
los vicios de sus maridos.

Cast. Mas, si están todos dormidos....

Alc. Mientras gentes jugadoras
haya velando en la villa,

no debe hallarse despierta
la justicia, tío Castaño.
¡Lechuguinos! ojo alerta;
que soy alcalde este año.

(Múdase la decoracion. A un lado presenta la sala del café, al otro una habitacion contigua á éste. En la sala hay varias mesas; en la del proscenio aparecen don Bruno y don Ambrosio tomando té; en la del fondo Juanito, Andrés, Hipólito y el hijo del alcalde jugando.)

(En la habitacion contigua, el tío Castaño, el escribano, el alcalde y la dueña del café.)

ESCENA V.

Don Bruno, don Ambrosio, Juanito, Andrés, Hipólito, el hijo del alcalde, á un lado: Escribano, el tío Castaño, el alcalde, dueña del café, al otro.

Hipólito á varios que entran.

¿Venís á jugar?

Uno. Después.

Otro. ¡Rom!

Otro. Jerez.

Andrés. Venga mas rosa.

Hipólito. ¿Quiénes jugamos?

Hijo del alc. Los tres.

Uno. Pierdes mucho?

Hipól. ¡Chis!... no es cosa.

D. Ambrosio. Ya los tiene usted agarrados.

¡Qué vicio, señor don Bruno!
yo no sé como permiten
estas cosas; le aseguro
á usted que si yo mandara
en esta villa, ninguno
habia de esponerse aqui
á perder un solo duro.

Bruno. ¿Empieza usted con sermones?
Si esa es la moda, es el uso.

Amb. Para los hombres de bien
siempre lo malo es ridiculo.
Mire usted, en este pueblo
hombres conozco, don Bruno,
que un calabozo merecen
mejor que ladrones muchos.
Sin ir mas léjos, está
ese que ha entrado por último:
heredó todo el caudal
de su padre que era mucho;
jugó, perdió, y ahora tiene

á su hermana en un ayuno
perpetuo: sale de casa
á buscar y hallar alguno
que le preste, y en seguida
se viene á jugar, don Bruno;
mírele usted bien la cara,
qué amarillo está y qué enjuto:
no come, no duerme nunca.
¿Vió usted mayor infortunio
que el de la pobre familia
que depende de ese inicuo?...!

Bruno. Pero si el mundo es así,
deje usted vivir al mundo.

Amb. El otro es un mozalvete
de aquellos que gastan puro
sin tener un solo ochavo
para sostener el humo.
Sin embargo no le falta
ni la levita, ni el puro,
ni la copa.

Juan. Pongo al as.

Hijo del alcal. Juego contigo.

Bruno. Es un punto

ese de murmuracion,
que dejo por peliagudo.

Dueña del café. ¿Qué es esto? ¿en mi casa es-
pias?)

Alc. ¿Es usted la cafetera?

Dueñ. Soy la dueña del café.
¿Qué se ofrece? Aquí se entra
á beber y no á husmear,
¿estamos?

Alc. ¡Calle esa lengua!

Yo soy alcalde este año,
¿está usted?

Dueñ. ¿A mí con esas?
¿qué me importa á mi el alcalde?

Alc. He sabido que se juegan
juegos prohibidos aqui.

Dueñ. ¡Eso es falso!...

Alc. ¡Chis!

Dueñ. Que vengan
á probar que eso es verdad.

Alc. Silencio! si usted resuella
la ahogo.

Dueñ. ¿Qué picardía!

Alc. Entre usted en esa pieza;
y si barrunto que avisa
á los que están en las mesas
con recados, ó la cojo
haciéndoles una seña,

paga usted por todos ellos
y le sale peor la fiesta. *(La hace entrar.)*

Hipól. Allá pongo esa sortija.

And. ¿Son esmeraldas?

Hipól. Y buenas.

Si la pierdo se acabó,
no juego mas, no me queda
mas que la ropa, á no ser
que á casa por algo vuelva.

(Alcalde asomándose por la puerta entreabierta.)

Alc. Esa es la sala pintada
que llaman los señoritos
café... ¡pues buena pasada
nos jugaban los malditos
¡qué tal beben, tío Castaño!

Cast. Si señor; pero es distinto.

Alc. ¿Cómo qué? si hace mas daño
aquello que el vino tinto.

A eso llaman en francés...
un nombre muy revesino;
mas por ser mas caro es
mucho peor que otro vino,
y en fin, bébalo el usia,
pero vaya, un escribiente,
un cualquiera, un medio-dia,
¡le parece á usted?

Cast. Es corriente.

Alc. Yo pensé que en esta casa
donde viene el señorío
no pasaba lo que pasa
en la taberna, ¡Dios mío!
Con poner distintos nombres
todo lo quedan compuesto.
¿A qué dicen esos hombres
café, si es taberna esto?
¡Ay! mire usted quién está
jugando tambien.

Cast. No veo...

Alc. Juanito, el que gasta fra
desde que tuvo el empleo
de meritorio... aquel es
que está junto aquel rincon.
¡Juega, juega, que despues
yo te lo diré ¡bribon!
no atisbo á los compañeros
que están mas allá metidos,
mas serán los caballeros
que busco, los consabidos.

Amb. ¡Qué vicio, señor don Bruno!

Bruno. Pero usted que así lamenta

este mal, ¿porqué no pone
remedio alguno si encuentra
el medio de componerlo?

Amb. Yo no señor, eso es cuenta
de la autoridad.

Bruno. Si es.

Pero en vez de moralejas
inútiles, porque nada
adelantan ni aprovechan
fuera mejor, don Ambrosio,
que diera usted una queja
formal; eso serviría
mucho mas, en mi conciencia,
que las sendas refolías
que á todas horas nos echa.

ESCENA VI.

Dichos, petimetre, *(acercándose á donde juegan.)*

Pet. Aquí estoy con intencion
de perder hasta la vida.

Alc. No dice el alma el bribon
porque la tiene perdida.

Hipól. No tengo para otra puesta;
pero voy de un salto á casa
por lo poco que me resta:
(el corazon se me abraza.)

ESCENA VII.

Dichos, menos Hipólito.

Petimetre. ¡Echando centellas vá!
con esto no me acomodo;
yo si gano, bueno está;
si pierdo, del mismo modo.
No me sofoco ni altero;
así del que bufa rio.
¡He visto tanto dinero
allá en la corte, ¡Dios mío!

Alc. Mire usted el lechuguino;
este ha enredado el lugar;
tío Castaño, hasta que vino
nadie pensó en jugar.

Pet. Si pierdo el último ochavo
me voy á cenar contigo... *(á uno.)*
Mas, cómo, ¿he ganado? ¡bravo!
vente á cenar tú conmigo.

Alc. ¡Qué bobada! habeis de ir
toditos en compañía.
¡Cómo os habeis de reir
en aquella cena mia!

Uno. ¿Para qué quiero cadena si he perdido el reloj?
Otro. ¿Es de oro?
Uno. De oro y buena.
Otro. Pues juego; la acepto yo.
Amb. ¡Es mucho vicio, don Bruno!
Bruno. ¿Volvemos al mismo tema? No tiene usted abrumado con su sermón de cuaresma; y por no escucharle mas tomo cuanto antes la puerta; porque es usted mucha mosca para aguantarlo con flemma ese rum rum fastidioso del que no sale ni entra. Me vengo aquí á descansar un rato de mis tareas, sin reparar quién bebe, ni cuidarme de quién juega, y en meterme por los ojos usted los vicios se empena, sin duda por ver si acuso esa tentación me lleva: huyendo de usted, escojo la mas apartada mesa, y allí me persigue usted, y me acosa y no me deja... Desde hoy renuncio á esta casa por no hallarle á usted en ella. (vase.)

ESCENA VIII.

Dichos, D. Hipólito.

Hipól. Aquí traigo estos enredos: una caja, unas espuelas de plata y esta escudilla donde le dan en la mesa la papilla á mis muchachos; á ver si logro por ella desquitar lo que he perdido. Se rifan: á ver quién echa á esta rifa, que es barata.
Alc. Habráse visto insolencia mayor; ¡ola! ¡adelante! se me acabó la paciencia.

(Al ir á entrar en la sala, uno de los grupos se alborota: todos gritan, y con la confusión el hijo del alcalde al ver á éste se retira al fondo, de suerte que no le vea hasta el fin.)

Uno. Usted va á darme ahora mismo

satisfacción de esa ofensa!
Otro. ¡Al instante!... los padrinos.
Uno. Elija usted los que quiera.
Todos. Señores, un desafío!
Dos. Somos padrinos.
Uno. ¡Pues vengan! aprenda usted á jugar.
Otro. Usted será quien aprenda.
 (Entran en sala el Alcalde, tío Castaño y Escribano.)

Petímètre. ¿Qué es esto?
Alc. Dénse á prision todos los que están jugando.
Pet. ¿Quién lo manda? ¿qué razón?
Alc. La justicia; yo lo mando. Y los dos desafiados y los padrinos de aquellos, presos.
Uno. ¿Presos?
Alc. Y oncausados. Al calabozo con ellos.
Uno. La ley del honor exige secretas satisfacciones...
Alc. No vengo á tomar lecciones, que vengo á prenderos digo.
Hipól. Es un atropellamiento.
Alc. Eso luego se verá: lo que urge en este momento es la cárcel; so os pondrá en calabozo decente, separado á cada uno.
Juan. ¿Qué hacemos?
Aul. No ir: ninguno obediencia á ese insolente.
Alc. Vámonos á buenas, no andemos á la fuerza, que...
Hipól. Nosotros nos quejamos de ese grosero rigor.
Alc. Eso sí, luego acudir al jefe, á los tribunales.
And. ¿Y no teme usted los males que se le van á seguir?
Juan. ¿Sabe usted lo que vá á hacer?
And. ¿Tiene usted sanos los sesos?
Hipól. ¡Porque hemos jugado presos! ¡no me queda mas que ver!
Uno. Usted viene acalorado.
Alc. Mas fresco que una ensalada.
Otro. Una cosa autorizada...
Alc. Usted la habrá autorizado.
Pet. Señor Alcalde...

Alc. Hijo mío....
Pet. Yo que he vivido en la corte (con petulancia.)
 y por ella me guio,
 ruego á usted que se reporte;
 porque esto del juego está
 de tal modo allí adoptado,
 que el buen tono juega ya,
 y yo mismo, yo, he jugado.
 La duquesa de la Rosa,
 la condesa del Espino
 no se ocupan de otra cosa.
Alc. Pues escuche el lechuguino:
 el Alcalde del Nogal
 (que es el nombre de mi vara)
 lo lleva en su pueblo á mal,
 y le dice cara á cara
 á todo el que lo consienta
 en su lugar ó en su villa
 que es una mengua, una afrenta,
 y que uno de monterilla
 les vá á dar esta lección.
Hipól. Si hubiera algun gringo, vaya!
Alc. ¡Como griego! ¿en mi nación,
 en mi pueblo, esa canalla?...
 ¡Usted debe ser el griego!
Hipól. ¿Que yo soy el griego, dijo?
Alc. Usted que ha traído al juego
 la escudilla de su hijo
 no puede ser español,
 que en mi tierra no se cria
 un corazón mas feroz
 y dañino que la harpía.
Pet. Usted ha viajado poco.
Alc. Y mucho hubiera ganado
 mi pueblo con que tampoco
 usted hubiera viajado.
Pet. Yo que le he dado su tono....
Alc. ¿Llama usted tono á jugar?
 En la cárcel, señor mono,
 le voy á usted á entonar.
Pet. ¿Pero sigue en su manía?
Alc. ¿Cómo qué? vera si sigo:
 ahora mismo en compañía,
 van á venirse conmigo.
Hipól. Pero hombre, quien perfía
 por tan poca cosa, vamos;
 ¿qué importa que allí durmamos?
 Mañana será otro día.
And. Tienes razon, dormiremos
 allí, pero en despertando
 tiemble usted por lo que haremos.
Pet. Sepa usted que obedecemos

por broma.
Alc. Vamos andando:
 á la cárcel, hijos míos,
 que este año soy alcalde,
 y no he de ver, ¡voto á brios!
 que se me rematen de balde
 ni juegos, ni desafíos.
 Desafíos ó quimeras,
 á la cárcel con la gente;
 y de la misma manera
 trataré la borrachera,
 sea de rosa ó de aguardiente.
 Prendo al pobre labrador
 por la navaja y el vino;
 ¿no mereco el lechuguino,
 por las cartas y el licor,
 llevar el mismo camino?

(El petrimetre tomaudo por el brazo al
 hijo del alcalde que ha permanecido oculto en
 el fondo del teatro.)

Pet. Está bien, todos iremos,
 pero usted, por vida mia,
 no ha visto que aquí tenemos
 una buena compañía.
 Preséntate, mozo, aquí
 á que tu padre te vea;
 ya que prendernos desea,
 á ver si te prende á tí.

(El alcalde queda un instante suspenso,
 luego cogiendo á su hijo con violencia le dice
 aparte.)

Alc. No he conocido en mis gentes
 un jugador todavía.
 ¡No puedes ser sangre mia,
 y si tú lo dices, mientes!
 Sé en buen hora jugador;
 pero jamás al arado
 tocarás del labrador,
 pues... ¡quedará deshonorado!

(Volviéndose á los demas con calma.)

Señores, yo no transijo
 por empeños de este mozo;
 vaya delante mi hijo
 con todos al calabozo.
 Escribano, dé usted fé
 de que á estas gentes prendí,
 porque á todos los hallé
 riñendo y jugando aquí.

Y sépase en esta villa
que sin ser un Salomón,
cumplió con su obligación
el Alcalde monterilla.

PAPELETA DE TOROS EN CULTO.

En la inmediata ciudad del Puerto de Santa-María, (olim de Menesteco) se ha repartido una papeleta de toros, escrita en culto, la cual dice así:

PLAZA DE TOROS DEL PUERTO DE SANTA MARÍA.—Con el correspondiente permiso de la autoridad se verificará en la tarde del Domingo 9 de Setiembre de 1849, si el tiempo no lo impide, una muy divertida función, en la que se correrán cuatro bravísimos brutos vivíperos, patihendidos y corniporantes de los que pastan en las campiñas de Utrera; y serán lidiados por una pedestre falange que, apurando las esquisidades de la mojiganga, hará reír á los concurrentes con la espesedumbre de sus gracias en las complicadas y difíciles suertes, que ejecutará á porfía con objeto de agradar.

En uno de los intermedios se efectuará el gran Juego armenio cetozo ó persecución del cerdo corriente y de rabo grasiento, que se hará por la turbulenta follá ó turba bulliciosa, y se premiará á el que sugete el animalito por el rabo y lo presente, sin preparación alguna, en la puerta del balcón de la presidencia, con 60 rs. vn.

En otro intermedio tendrá lugar el graciosísimo juego de la Piqueta, encantada, ejecutado por la cencerril y ciega comparsa que á porfía procurará apoderarse del pequeño mamífero que al efecto se soltará, agraciando á el que lo logre y presente en la antedicha puerta, con 60 rs. vn.

La devanadera horizontal diabollessa,

torno de asmodeo y paseo hercúleo sobre el filamentosó y pajizo tejido, será otro divertimento para amenizar tan enciclopédica función, heterojénea y jocosa, siendo el premio de 50 rs. vn.

En la parodia que del antiguo arte de torear han de hacer los diestros, no solo saldrán ataviados á la antigua usanza, sino que también á uno de ellos se le facilitará un patiredondo cuadrúpedo, animal paciente, desde el cual rejoneará, vetusto modo, á los fieros rumiantes, tipos de la braveza.

Tampoco se omitirá la suerte del rejoneo desde las anforas mimbrosas, que en los lances complicados que resultan, se divertirá la concurrencia.

Los brutos vivíperos y corniporantes, la pedestre falange, el cerdo corriente y de rabo grasiento, la devanadera horizontal diabollessa, el filamentosó y pajizo tejido, el patiredondo cuadrúpedo, los fieros rumiantes, las anforas mimbrosas y las demas frases endemoniadas que se introducen en esta papeleta, nos hacen recordar á un amigo nuestro, hombre tan grave en la conversacion, que para llamar al gallego que vende agua, le decia: *ven d mi, fámulo aquático*: para manifestar que estaba meditando algo, solia esclamar: *Las ideas están ambulando por el telar imaginativo*; y así usaba palabrotas semejantes para explicar los demas pensamientos que le ocurrían. Locos de este género no faltan en el mundo: si bien creemos que el autor de la papeleta, de puro discreto, trata de hacer perder el juicio á mas de alguno. Y si prosigue en tan buen camino, sus deseos serán satisfechos.

CADIZ: 1849.

Imprenta de D. Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.